



ROBERT
WALSER
Sueños

Sueños reúne textos en prosa de la época de Biel (1913-1920) que Robert Walser no incluyó en sus libros editados, así como relatos y fragmentos inéditos o publicados por primera vez en libro. En sus relatos idílicos y ensoñaciones, en sus retratos e historias simbólicos, en su manojito de recuerdos y en las reflexiones tanto humorísticas como serias, Robert Walser contrapuso su mundo personal a la traumatizante experiencia del tiempo: la esperanza de redención a través de la naturaleza, la conciencia de lo pequeño y sencillo y el gusto por los juegos estilísticos.

BREVE EXCURSIÓN

Breve excursión

Hace poco regresé a un paraje que he recorrido con frecuencia. El pueblo, ubicado junto a un hermoso río, recibe obviamente su nombre del puente que a buen seguro fue edificado en tiempos antiquísimos. Descendí de la colina hasta el torrente y lo seguí, el sol a mi espalda. A la orilla del río varios campesinos ejecutaban distintas faenas. Dirigí mi serena mirada a la gente y a sus apacibles ocupaciones. Miré a izquierda y derecha, el campo estaba verde y a través de él corría alegre, tranquilo y apacible el benéfico torrente cuya agua despedía un brillo muy delicado. El verdor, de variadas tonalidades, parecía sonar como una suerte de música; en otros lugares parecía sonreír como una hermosa boca. En otra zona hablaba un idioma serio, aunque no triste. Qué próximos entre sí estaban cielo y tierra. Yo contemplaba todo con atención, ya fuese el campo, una casa de labor, o una persona. El día era claro y apacible. Crucé a la otra orilla por un estrecho puente y caminé hacia el sol poniente, que había iniciado un juego maravilloso con el vasto paisaje. Pasaban bellezas doradas, figuras que a veces veía y otras no. Un sentimiento crepuscular me acompañaba al seguir el curso del río, que fluía envuelto en un embeleso dorado y melancólico. Las casas situadas más arriba y más abajo tenían todas un sabor áureo, y los prados verdes un profundo resplandor celestial. La sombra era larga y de un color vivísimo, intensísimo. Se oía un canto quedo en el aire, igual que cuando una persona, conmovida por la belleza meditabunda del anochecer, entona su canción de despedida. El campo se convirtió entonces en

una canción, bellísima por cierto. Algunas personas salieron a mi encuentro en silencio por la orilla, y nos dimos las buenas noches. En una hermosa noche en pleno campo la gente se saluda espontáneamente. Más tarde vi a una mujer arrastrando tras de sí una carga de leña que me dirigió una mirada muy grata con sus ojos perspicaces. Qué delicado era su rostro, qué alta su figura. Me habría gustado detenerme a su lado, hablar con ella y preguntarle por su vida. Era tan bella en su pobreza, tan noble junto a su carga de leña. Regresé a casa meditabundo, casi feliz.

Las ovejitas

Durante un paseo que me llevó por el campo llano recuerdo haber visto y oído a dos tipos de niños, es decir, campesinos y de ciudad. El espectáculo, aunque modesto, me cautivó y me dio que pensar. Unos chiquillos de campo conducían a golpes de vara por la carretera a unas ovejitas para llevarlas a la ciudad. Unos niños de ciudad de la más tierna edad estaban en ese momento junto al camino y, al ver aproximarse a la tropa campesina, exclamaron con ingenuo entusiasmo:

—¡Oh, qué ovejitas tan preciosas!

Y saltaron hacia los animales para contemplarlos más de cerca y acariciarlos. Entonces reparé de pronto en la enorme diferencia que existe entre la juventud campesina y la urbana, entre dos diferentes tipos de niños. Los chicos campesinos sólo pensaban en la despiadada conducción de las ovejas, mientras que a los niños de ciudad únicamente les llamó la atención la belleza conmovedora y el encanto de los pobres animales. La escena me emocionó sobremanera y mientras me dirigía a casa me propuse no seppultarla en el olvido.

Primavera

En cierta ocasión, la pasada primavera, poco antes de comer, estaba a punto de bajar a la ciudad, a media altura de la montaña, desde donde se disfruta de una vista tan preciosa del paisaje. La tierra húmeda olía a primavera; yo acababa de salir del bosque de abetos y me detuve junto a un matorral o arbusto sobre cuyo ramaje espinoso se posaba un pajarito con el pico muy abierto, similar a una tijera con la que alguien pretendiera cortar algo. Evidentemente el delicado y pequeño animalito posado en la rama intentaba ejercitarse en el canto forzando la garganta. Qué bonito, dulce, amigable era todo a mi alrededor... Por doquier se apreciaba y se escuchaba un presentimiento delicado y alegre, un alborozo, un embeleso aún no desvelado, un júbilo inadvertido y no liberado. Yo veía la primavera en el piquito abierto del pájaro, y al avanzar unos pasos, pues allí abajo tocaban a mediodía, vi a la dulce, querida, divina primavera bajo otra figura completamente distinta. Una pobre anciana, abatida y encorvada por los años, sentada sobre un murete, miraba taciturna al infinito, como si estuviera sumida en prolongadas reflexiones. Qué suave era el aire y qué benigno el bondadoso sol. La viejecita estaba sentada tomando el sol. «La primavera ha venido», cantaba el aire por doquier, desde todos los rincones y esquinas.

Hora matinal

Poco antes de despertar soñé algo extrañamente bello de lo que media hora más tarde apenas sabía nada más. Al levantarme, sólo me vino a la mente la imagen de una hermosa mujer a la que adoraba rebotante de sentimiento juvenil. Me sentía maravillosamente reanimado y excitado por la floreciente juventud del bonito sueño. Me vestí de prisa, todavía estaba oscuro. El aire invernal se abatió sobre mí desde la ventana abierta. Los colores eran tan serios, tan nítidos... Un verdor frío y noble luchaba con el incipiente azul; el cielo estaba repleto de nubes rosáceas. El día que despertaba aún llevaba al cuello a la luna como una joya de plata y se me antojaba de una celestial belleza. Me apresuré a salir al aire libre, a la calle, alegre, emocionado y animado por el bonito sueño y el hermoso día. Invaso por un deseo y una esperanza juvenil, había adquirido una delicada y al tiempo ilimitada confianza en mí mismo. No quería pensar en nada, en nada más, ni indagar qué me alegraba tanto. Caminé monte arriba, feliz. Qué sublime te sientes cuando estás alegre, qué feliz te sientes con una confianza renovada, y qué bien estás cuando la cabeza y el corazón rebosan de esperanzas renacidas.

La noche

Ayer el aire era templado, suave. Ni un gatito se arrimaría con más delicadeza y cuidado. Con esa dulzura acaricia una madre a su pequeño e inocente bebé. Subí por el conocido y empinado camino rocoso hacia la montaña. Qué hermoso y tranquilo era el trayecto. Los árboles de fino ramaje y formas negras se alzaban hacia la suave brisa nocturna gris plata, y un manantial murmurador, que brotaba melodioso, saltaba junto a la carretera de montaña por encima de algunas rocas en su descenso hacia el bosque, un bosque de cuento; y yo, mientras caminaba, era como el caminante del cuento. ¡Qué infinita paz y silencio! Faltaba la luna, claro; era una noche sin luna, pero las estrellas miraban a veces como ojos amables a través del bosque y de su oscuridad fabulosa para imprimirle un carácter cautivador. Pensamientos silenciosos y alegres parecían deslizarse en pos mío por el bosque. La magia que se extendía alrededor aumentó con el tiempo y los pasos. Todo estaba como encantado, la montaña dormía como un niño de mil años, grandote y bueno, y la noche misma intensificaba su lazo con brazos femeninos de indecible ternura. Cuando llegué a un lugar despejado, sin árboles, vi desplegarse allí abajo, a una profundidad maravillosa y tenue, la ciudad con sus edificios apenas perceptibles y sus numerosas luces, que, esparcidas con tanta gracia por la llanura, parecían flotar en un mar de cordialidad, candor y honradez. Me detuve un instante; la profundidad y la altura parecían sonreír, retozar y pronunciar palabras rebosantes de amor. Después continué mi camino y, en cuanto salí del bosque, llegué ante una

casa solitaria por encima de cuyo tejado crecían árboles altos y ante la cual murmuraba una fuente. El silencio nocturno, la serenidad del aire, la enorme tranquilidad en el espacio oscuro y querido, amén del chapoteo de la fuente, la noble casa solitaria y el bosque lleno de una sinceridad y honradez tan antiquísimas, la casa tan cercana, tan cálida junto al bosque, y en el bosque una grandeza tan majestuosa, me obligaron a detenerme y a pensar que me encontraba en el reino de lo más grande, delicado y sublime. Dos ventanas mostraban una iluminación rojiza. Nadie venía por el camino. Estaba solo en medio de la hermosa noche, de la hermosa oscuridad.

En la terraza

Ocurrió en fecha indeterminada. No consigo fijar el momento con precisión. Me encontraba sobre una especie de terraza rocosa y, apoyado en el sencillo parapeto, contemplaba la delicada profundidad. Entonces empezó a llover a cántaros, unos cántaros blandos y generosos. El lago cambió de color, el cielo mostraba una maravillosa y dulce excitación. Me situé bajo el tejado de un pequeño pabellón emplazado sobre la roca. El verdor se empapó deprisa. Abajo, en la carretera, algunas personas se cobijaban debajo de los frondosos castaños, que parecían paraguas descomunales. Qué extraño parecía todo, no acerté a recordar haber visto nunca algo parecido. Ni una sola gota de lluvia atravesaba la tupida masa de hojas. El lago era azul en ciertas zonas y gris negruzco en otras. Y en el aire, qué rumor tan agradable, tan tempestuoso y tan encantador. Qué blando era todo. Habría podido permanecer allí horas y horas, deleitándome con la visión del mundo. Pero acabé marchándome.

En el bosque

En el bosque empinado que crece por encima de nuestra ciudad me pasaron fugazmente por la cabeza todo tipo de pensamientos, pero ninguno me parecía lo bastante bello. Meditaba sobre mi propia meditación y pensaba en mis propios pensamientos. La noche se había abatido sobre el bosque, entre los troncos y las ramas relucían allí abajo las luces de la ciudad. De improviso la luna, la pálida y noble hechicera, surgió desde detrás de una nube y todo cobró una belleza divina, y yo y lo que me rodeaba quedamos hechizados. Pensé que había muerto. La sonrisa de la luna era de una belleza, amabilidad y bondad celestiales. Así sonrío a sus criaturas un dios bondadoso y sublime. ¡Con una sonrisa melancólica! Aquí y allá, en el oscuro bosque una suave lluvia, un presentimiento, un delicado, sutil movimiento. Pero por lo demás reinaba el silencio como en una sala alta y remota. Mientras contemplaba la luna, pensé en una mujer. Era como si la pálida luna me hubiera susurrado ese pensamiento. Antes amiga, ahora nos habíamos vuelto extraños el uno para el otro, y ya no nos saludábamos, ni nos mirábamos. Mas, qué curioso, yo la quería lo mismo que siempre, ella era para mí tan cara y preciada como de costumbre. Y seguramente yo también le era tan querido como siempre. No pude evitar una sonrisa. Me encantaba estar tan solo en el bosque, como un amigo noble, querido y adorador de la luna. Me sentía animado y tranquilo, como si a partir de entonces nada malo, desagradable o feo pudiera afectarme. Seguí caminando con calma entre los árboles silentes sobre los que la luna proyectaba su maravillo-

so resplandor. Me acerqué más a los árboles, el entorno estaba lleno de ramas y de paz espectral. De vez en cuando surgía un resplandor en medio de la negrura. Celestial oscuridad, profundo, alegre hechizo. Me habría encantado tumbarme y no volver a salir nunca del bosque. No vivir ningún otro día claro, inquieto, sino únicamente una noche perpetua, alegre, silenciosa, serena, pacífica y amorosa.

Junto al lago

Una tarde, después de cenar, salí deprisa hacia el lago que ya no recuerdo bien en qué oscura y lluviosa melancolía estaba envuelto. Me senté en un banco colocado bajo las ramas abiertas de un sauce, y mientras me abandonaba a cavilaciones vagas, me imaginé que no estaba en ninguna parte, idea esta que me proporcionó un bienestar singularmente atractivo. Era maravillosa la imagen de tristeza junto al lago lluvioso, en cuyas aguas, cálidas y grises, caía una lluvia diligente y cautelosa, si se me permite la expresión. Mi anciano padre de blancos cabellos se presentó en mi mente, convirtiéndome en el acto en un crío tímido e insignificante, mientras la imagen de mi madre se unía al chapoteo suave y quedo de las delicadas olas. Con el vasto lago mirándome, vi la infancia que a su vez me contemplaba con ojos claros, bellos, bondadosos. Olvidaba por completo dónde me encontraba y volvía a saberlo. Algunas personas paseaban en silencio y con cuidado por la orilla, arriba y abajo; dos jóvenes obreras se sentaron en el banco vecino y empezaron a charlar entre ellas, y fuera, en el agua, en el lago encantador, donde se difundía suavemente el llanto benigno y apacible, los amantes de la navegación se deslizaban en lanchas o barquillas, con paraguas abiertos por encima de sus cabezas, una visión que me hizo fantasear que me encontraba en China, en Japón o en cualquier otro país fantástico, poético. Caía una lluvia dulce, mansa, sobre el agua, y estaba tan oscuro... El pensamiento dormía y un momento después velaba. Un barco de vapor se adentró en el lago; sus luces doradas brillaban en el agua relucien-

te, plateada y oscura que sostenía al hermoso barco, como si se regocijara por la fabulosa aparición. Poco después llegó la noche y con ella la orden amable de levantarse del banco bajo los árboles, alejarse de la orilla y emprender el regreso a casa.